



## LOS NIÑOS EN LOS HOSPITALES GENERALES.

Con este título publica nuestro colega *El Diario Médico* un importante artículo en defensa de los hospitales de niños.

«Es cuestión resuelta por la ciencia contemporánea, dice, y sobre todo por el sentido común: los niños enfermos no pueden ni deben permanecer en los hospitales generales en trato ni roce con los demás enfermos, entre otras causas, porque la higiene lo reprueba, y muy principalmente porque su asistencia en semejante caso es deficiente, pese á los que sostengan lo contrario.»

El colega que opina que el niño enfermo exige un cuidado especial, así como especiales conocimientos en los encargos de su asistencia, sospecha que los defensores de la opinión contraria la sostienen en oposición á una institución madrileña, verdaderamente notable.

«Hora es ya, dice, de hablar claro y exponer sinceramente razones contra razones.

En primer lugar, negamos, con toda la ruda franqueza con que hablamos siempre, que el cuidado que se tiene en los hos-

pitales generales con la mayoría de los enfermos pueda compararse ni con mucho al que necesitan, al que imploran los pequeños pacientes en los más de los casos.

Se dice que la asistencia particular no es prudente ni completa; ¿pues qué diríamos de ciertos deplorables hechos en que el cuidado fué escaso y la vigilancia nula con los enfermos adultos, que pueden quejarse al fin y al cabo?

Se invocan hechos de curación para demostrar los buenos resultados que da el tratamiento inteligente de un profesor; se habla de madres que duermen con niños enfermos en la sala; de cunas especiales para impedir el contagio de aquella, y se olvida el peligro en que se hallarían muchas tiernas vidas en el caso de una epidemia que hiciera víctimas en la masa común del nosócomio.

Si esto se escribe para defender la asistencia hospitalaria de las afecciones infantiles, conformes; pero si han sido inspiradas dichas líneas en la idea de que los hospitales especiales de niños son inútiles, protestamos enérgicamente en nombre de la humanidad y de la ciencia contra tamaño dislate.

Un médico ilustre, el Dr. Capdevila, decia ante la Academia de Medicina al ocuparse de este punto: «Los críticos que



han censurado con recto propósito los asilos en que los niños hacinados en reducidas estancias encontraban en ellas causas productoras de variados padecimientos, no pueden menos de bendecir hoy los progresos de la ciencia que ha logrado reunir en estos hospitales especiales el conjunto de condiciones necesarias para cumplir los fines de su instituto.»

Só o nos resta consignar las conclusiones del Dr. Marjolin, adoptadas por la Academia de Medicina de París, respecto á mejoras necesarias en los hospitales de niños, que son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Bajar la edad de admision en los hospitales.

2.<sup>a</sup> Aumentar el número de hospitales.

3.<sup>a</sup> Separar rigurosamente en servicios distintos los niños afectos de enfermedades contagiosas.

4.<sup>a</sup> Crear fuera de París uno ó varios hospitales destinados á los niños cuya salud y enfermedades exijan un trata-

miento continuado y prolongados cuidados.

5.<sup>a</sup> Adoptar en los hospitales de niños la clasificacion de enfermedades médicas y quirúrgicas.

6.<sup>a</sup> Creacion de un servicio especial para epilépticos, idiotas y tñosos.

7.<sup>a</sup> Conservar y mejorar el tratamiento doméstico cuando las condiciones de salubridad de la casa y la situacion de la familia lo permiten y que las enfermedades no son contagiosas.»

Los razonamientos del colega, que por su extension no reproducimos, son concluyentes; y aún podrian acentuarse más en defensa de los hospitales especiales de niños, con un estudio comparativo de los resultados que estos vienen dando, y los que ofrece la asistencia en los establecimientos de carácter general. Z.

## EL DERECHO.

FÁBULA.

Dijo un sándio jorobado  
A un mozo de los cabales:  
—No te envanezcas, que iguales,  
Somos por ley del Estado.  
—Pues entónce—con presteza  
El otro le contestó,—

O he de jorobarme yo,  
O á tí la ley te endereza.  
*No hay un solo contrahecho,  
Ya físico, ya moral,  
Que no comprenda muy mal  
La igualdad ante el derecho.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## INGRATITUD Y PERDON.

Juan y Antonio, hijos de nobles familias, entre las cuales reinaba una antigua amistad, ingresaron al mismo tiempo en primera enseñanza, y juntos siempre continuaron y concluyeron sus estudios, haciéndose ambos abogados. Terminada

la carrera, y llegado el forzoso caso de una separacion, pues Antonio fué destinado á la Habana y Juan á Madrid, se juraron que siempre, cualquiera que fuese la ocasion y las circunstancias, se prestarian mútuo apoyo, obligándose por am-



bas partes á dividir su fortuna. ¿El juramento hecho se cumplió? Ahora lo verán nuestros lectores.

Pasó el tiempo: Antonio perdió su familia, y su fortuna se vió sometida á un litigio; á la par le declararon cesante, y tantas desdichas le produgeron una terrible enfermedad, que si bien no le llevó al sepulcro, acabó con el dinero ahorrado á fuerza de economías. Viéndose en tan desesperada situacion, dijo:

—¿Por qué apurarme? ¿No está Juan en Madrid? ¿No es rico? Pues yo tambien lo soy. Juan es incapaz de faltar á lo jurado.

Pensado esto dispuso su viaje, llegando á Madrid á los veinte dias deseando ver á su buen amigo. Preguntó por él, y le dieron las señas de la casa que habitaba: Antonio se dirigió á ella y vió con asombro que era un verdadero palacio.

—Sabía que estaba bien—exclamó;—pero no creí nunca que tuviera para palacios.

Y se entró en el portal.

—¿D. Juan X?—preguntó á un portero que lucia vistosa librea galoneada.

—Sí, señor, aquí es; pero no recibe á estas horas.

—Pásele esta tarjeta, y verá cómo me recibe. Y escribió en ella: «Vengo á tí porque estoy arruinado.»

—Lo haré así—dijo el portero,

empreniendo la subida de la escalera.

Antonio quedó pensativo. Juan—se decia—ha hecho una fortuna y yo me encuentro arruinado; pero él me ayudará y recobraré la posicion que mis padres me legaron al morir.

En esto volvió el portero.

—El señor me dice que no conoce á Vd.; pero que sin embargo le entregue este billete y le advierta que no se moleste en volver.

Antonio creyó morir ante respuesta tal.

No será este Juan mi Juan—pensaba con cierto aire de alegría. Y salió, diciendo al portero:—Manifieste Vd. á ese caballero que guarde un dinero que no busco.

Salió á la calle y esperó: al poco rato vió salir á su amigo de la casa: era él. Dudó aún un instante; pero luego se acercó y le dijo:—Juan, ¿no me conoces?

—Sí, Antonio, ya he leído tu tarjeta; pero mis ocupaciones no me permiten dedicarte un momento. ¿Te dieron el dinero? Siento tu desgracia; pero, ¿qué quieres?... yo no puedo...

Antonio sintió helarse la sangre en sus venas, y sólo tuvo valor para añadir:

—Juan, adios, no te volveré á molestar; pero te ruego acudas á mí en tus desgracias. Y partió vertiendo lágrimas de dolor producidas por el desengaño.



Antonio vió terminado el pleito y recobrada su fortuna, pudiendo vivir sin lujo, pero cómodamente.

Sentado en un sillón leía años después un periódico, cuando de pronto hirió su vista una noticia concebida en estos términos:

«El Sr. D. Juan X., director de una sociedad anónima, ha sido preso. Tal sociedad no existía, era una farsa, y asciende á algunos miles de duros lo estafado por dicho industrial.»

—Pobre Juan — exclamó Antonio: — él me arrojó de su lado y me desconoció; pero yo debo socorrerle: lo juré y debo cumplirlo.

Salió de su casa, visitó al juez, compañero suyo, y al escribano de la causa, y entre todos arreglaron el asunto, previo el pago por Antonio de lo que adeudaba Juan.

Este, que se hallaba en la cárcel esperando intranquilamente el fin del proceso, vió entrar á Antonio por la puerta de su prisión, quien cariñosamente le dijo:

—¿Por qué no me has avisado?

Juan, rojo de vergüenza, respondió:

—Porque temía hicieras conmigo lo que yo tuve la crueldad de hacerte, sin comprender la mucha distancia que hay del bueno al malo.

—Dejemos eso, Juan. Desde ahora eres mío; aquí tienes la orden de libertad. Yo, fiel á mi juramento, parto contigo mi fortuna rehabilitada, y sólo te impongo el castigo de tenerme á mi lado.

Dicho esto salieron y se trasladaron á casa de Antonio.

A los pocos años Juan moría bendiciendo á Antonio, á quien llamaba su segundo padre; pero la causa de su muerte no fué otra que el remordimiento.

Convengamós en que Antonio fué algo cruel con su antiguo compañero de escuela. Tener delante al que perdona una ingratitud es el peor castigo que se puede imponer al que fué ingrato.

GONZALO S. DE NEIRA.

## LA PERLA.

Con fé y perseverancia todo se alcanza.

Así decía un padre á sus hijos, hace de esto muchos años, tantos que forman siglos; pero con ser tantos, lo dicho por aquel hombre, que por más señas era cardador de lana, ha llegado hasta

nosotros, porque lo escuchó un pajarito, éste se lo contó á sus hijos, y á los descendientes de estos lo oímos narrar há poco en el campo. Estaban ocultos varios pájaros entre las ramas de un plátano, en el que se habían refugiado porque el calor era extremado. Un



gorrion, que mientras piaba saltando de una á otra rama sin estarse un momento quieto y meneando la cabeza á todos lados, era el que charlaba y decia:

—El cardador de lana, al hablar así, miraba á sus hijos, pero en particular á un niño de unos doce años, rubio, más encarnado que una de esas cerezas que con tanto placer pica á pesar de los espantajos que pone encima del árbol el hortelano; y el niño levantaba la cabeza y parecia dudar de lo que oia.

—¿Por qué dudaba?—preguntó un jilguero, agitando el plumaje y alisándolo luego con el pico.

—La razon es sencilla,—contestó el gorrion.—El pobre padre mostraba gran perseverancia en el trabajo, y como su laboriosidad apenas bastaba para dar de comer á sus hijos, no es de extrañar que el rubio pusiera en duda que con perseverancia todo se alcanza. Además, parece que en su mente habia ese algo que hace que el águila se remonte á las regiones del sol; y como, segun cuentan, las alas con que vuela el hombre son la inteligencia y la instruccion, y si él tenía la primera no podría proporcionarse la segunda porque su padre no contaba con recursos, el niño se desesperaba y ponía en duda que la perseverancia sirviera para cosa buena.

—Tambien sé algo de esa historia,—dijo la paloma. El niño no se acostaba ni se levantaba sin rogar y pedir á Dios, por la intercesion de la Virgen Santísima, que le protegiera; y yo ví muchas veces á su Angel Guardian subir al cielo sirviéndole por la noche de escala un rayo de luna, y de sol al amanecer, llevando entre sus plegadas alas las plegarias del niño.

—Ahora me toca hablar á mí,—dijo la golondrina, que dió vueltas alrededor del árbol mientras estuvo hablando.—Uno de mis antepasados llegó cierta primavera á las costas de esta tierra, procedente de las de Africa. La travesía habia sido penosa, porque no siempre los vientos fueron favorables; y para descansar, las golondrinas de la bandada vieron muchas veces obligadas á meter la punta de una de las alas en el agua, manteniendo la otra desplegada á modo de vela para que el aire las empujara. Al llegar á la costa todas estaban rendidas, y mi antecesora cayó sin fuerzas al lado del niño. Léjos de atormentarla, la cogió cariñosamente, colocóla en la palma de su mano y así la tuvo expuesta al sol para que á su calor recobrara las fuerzas. Cuando se hubo repuesto cantó de alegría, tendió las alas y levantó el vuelo; pero tuvo deseos de ver de nuevo á su protector: dirigióse al punto donde le habia dejado y le halló dormido. Sus labios se movian como si hablara con alguien, pero no pudo entender lo que hablaba.

—Pues yo lo sé,—chilló una gaviota, que desde el mar se habia trasladado al árbol, atraído por la cháchara de los otros pájaros.—Lo que voy á contaros es una tradicion de familia. Una de mis abuelas hundió la cabeza en las salobres aguas y con su pico cogió uno de esos pescados sin escama, de tan hermosos colores que parecia que el sol le habia dado los más preciosos.

—Si no me matas—dijo el pez, mirando con sus grandes y redondos ojos á mi abuela,—te contaré una cosa extraordinaria que he presenciado.

Mi abuela era curiosa, gustábanle los cuentos y admitió el pacto. Volvió



á meter el pez dentro del agua, pero sin abrir el pico para que no se le escapara y la burlase, y aquel le narró lo siguiente:

—Vivo entre las rocas y tengo por vecina una ostra, que se quejaba hace días porque se le habia metido entre las carnes un grano de arena que la molestaba mucho. Una tarde, á la hora del calor, me estaba metidito en mi escondrijo cuando se inflamaron las aguas brillando una luz tan intensa que á su lado era oscuridad la del sol. Los peces más feroces quedaron deslumbrados y se volvieron tan mansos que los otros pasaban por entre los dientes de los tiburones sin que les mordieran, y los pequeñitos se refugiaron en las algas, pero asomando sus cabecitas por ver lo que pasaba. La luz era más viva donde yo estaba. Miré, y aunque tuve que apartar muchas veces los ojos porque quedé cegado, acostumbré á aquel brillo y ví que la luz procedía de un ángel que se deslizaba al fondo de las aguas llevando en brazos un niño dormido. A los reflejos del esplendor del ángel, los peces eran carbunclos, las aguas oro, las algas corales y las rocas diamantes. Al llegar el ángel delante del sitio donde estaba la ostra, se detuvo, se abrió aquella y el ángel dijo al niño, que veía á pesar de tener los ojos cerrados, y oía á pesar de estar dormido:

—Mira: entre las carnes de la ostra deslizóse un grano de arena, que es lo más pobre que tiene la naturaleza, pobre como tú lo eres; y misera es la ostra comparada á los demás pobladores del mar, como mísero tú eres comparado á los grandes de la tierra. Sufrió la ostra, como tú sufres; pero tuvo perseverancia en el padecer, y el

grano de arena se ha convertido en esa hermosa perla, que con tener origen tan humilde está destinada á ser la admiración de los poderosos y del vulgo. Tú aventajas á la ostra porque estás dotado de inteligencia, lo que te permite tener fé, á más de perseverancia. Recuerda que el hombre es hijo de sus obras. Si tus obras son perlas, serás admirado aunque sea humilde tu origen.

Dicho esto, el ángel se elevó, desapareciendo del mar; y como se extinguieron los resplandores que despedía, pareció que quedábamos sepultados en tinieblas más espesas que las de la noche, por más que brillase el sol en el horizonte.

Soltó la gaviota el pez, y al tender el vuelo vió un niño, que debía ser el que bajó el ángel al fondo del mar; y como tuviera deseos de saber á qué destinos estaba llamado, todos los días al amanecer pasaba volando cerca de la ventana de su casa, que no distaba mucho de la playa, y le veía sentadito á una mesa estudiando con tanta perseverancia, que demostraba no habia olvidado las palabras que oyó al ver la ostra.

Creció el niño y se embarcó en Génova, que era donde vivía, y mi abuela siguió la nave y las otras en que se embarcó. Naufragó una vez despues de un combate que su barco sostuvo con otro, y cuando estaba á punto de perecer oyó que decía:—Con fé y perseverancia todo se alcanza; y al mismo tiempo siguió luchando con las olas llegar hasta á la playa. Despues fué á tierras del interior, y como nosotros no podemos vivir lejos del mar, mi abuela lo perdió de vista durante muchos años, hasta que al amanecer de



cierto día de verano vió salir tres buques de un puerto que los hombres llaman de Palos, y creyó reconocer al niño aquel en el anciano que mandaba las carabelas, cuya prematura vejez indicaba que muchas veces había debido recordar en los contratiempos y en las luchas de la vida que con fé y perseverancia todo se alcanza, porque de no recordarlo hubiera desmayado en sus empresas. Mi antepasada quiso seguir los buques, pero tanto avanzaron mar adentro y tan lejos fueron, que se espantó y retrocedió. También se espantaron los marineros, pero la gaviota oyó que aquel hombre les decía:—Tengo fé y perseverancia. Adelante.—Ya os he dicho todo lo que sé,—chilló la gaviota.

—Pues yo os contaré lo que falta—añadió una cotorra que había escapado de la jaula donde la tenían sus dueños.—Cuando todos vacilaban, el que mandaba las carabelas mostrábase confiado en Dios y perseverante; y un día, al amanecer, descubrió las tierras donde yo he nacido, que desde la creación habían estado ocultas en la inmensidad del Océano.

—¿Qué nombre tienen esas tierras?—pregunto el murciélago asomando la cabeza por entre las rendijas de un deruido paredon.

—Las Américas, y Cristóbal Colon aquel hombre, quien al saltar de la lancha se arrodilló para dar gracias á

Dios, y recordó que eran exactas las palabras del ángel y de su padre: con fé y perseverancia todo se alcanza.

—Algo más sé yo,—añadió el murciélago.—Saltó uno de los mios de encima del escudo de armas de Barcelona por enterarse de lo que ocurría en la ciudad, pues tocaban las campanas, la gente corría alborotada y los Reyes recibían á Cristóbal Colon obligándole á sentarse y cubrirse en su presencia. Posóse el murciélago encima del escudo de la silla en que Colon se sentaba para estar más cerca de él, y parece que le oyó decir lo siguiente:

—Humilde era mi origen, como humilde era el grano de arena que se metió en la ostra; pero sufriendo y perseverando la arena se trasformó en perla, como perseverando y sufriendo, y puesta la confianza en Dios y en la Virgen, yo, hijo de un pobre cardador de lana, me siento y me cubro ante los Reyes á quienes he dado un nuevo mundo.

—Recordaré la lección que de esto se desprende—dijo la cotorra,—porque en la casa donde estoy, que es de gente rica y noble, hay un niño muy holgazán é infatuado que desprecia á los humildes, y yo he de repetirle que el pobre con su laboriosidad puede elevarse mucho, y que el hombre es hijo de sus obras.

TEODORO BARÓ.

## UN CONSEJO.

Si algun pobre niño  
A tu puerta llama  
Y con voz doliente  
La limosna bendita demanda,

Socórrele al punto,  
Enjuga sus lágrimas...  
¡Quién sabe la suerte  
Que á tus hijos está reservada!

TOMÁS CAMACHO.





EL PEQUEÑO CRISTIANO (CUADRO DE MERLE).



## CUENTOS INFANTILES.

### XLVII.

—¿No se llama zapatero  
Al hombre que hace zapatos?  
—Sí tal.  
—Pues dime ligero  
Lo que entiendes por platero.  
—¡Qué pregunta! El que hace platos.

### XLVIII.

—Mi chico está muy crecido:  
¿A qué le dedicaré?  
—¿Qué es lo que sabe hacer?  
—Nada.  
—¿Nada?... dedícale á pez.

### XLIX.

Tembloroso el pobre abuelo  
Comiendo con su hijo ingrato,  
Suelta de la mano el plato  
Y se le rompe en el suelo.  
Del hijo en los ojos brilla

Fuego de soberbia insana,  
Y grita:—Desde mañana  
Se le pondrá una escudilla.  
Y para evitar mejor  
Que aquí pueda echarnos manchas,  
Comera usted á sus anchas...  
Pero no en el comedor.  
Llanto de dolor vertiendo  
Que secaba con su mano,  
Levantóse el pobre anciano  
Y se retiró gimiendo;  
En tanto que un nietecillo,  
Que ama el abuelo de veras,  
Coje unas cuantas maderas,  
Unos clavos y un martillo,  
Y en silencio en un rincon,  
Muy gravemente sentado,  
Parece estar preocupado  
Por urgente ocupacion.  
Su padre, al verle perplejo,  
—¿Qué haces?—al pequeño chilla.  
—Voy... á hacer una escudilla  
Para cuando usted sea viejo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LA HOJA DE TABACO.

### Leyenda árabe.

#### I

En el nombre de Aláh, elemento y misericordioso, que «nos ha dado la caña para escribir, y que cada día enseña á los hombres alguna de las muchas cosas que no saben,» oid.

Porque el sólo es el grande, el potente, el Señor de los ángeles y de los hombres.

En sus labios está la perla de la verdad.

Y la luz de esos soles que brillan sobre las Montañas Azules, de los rubíes de sus ojos es.

Uno de sus dedos gobierna la máquina de los mundos.

Y soplo de su boca es el simoun que barre las arenas del desierto.

Oid.

Esta no es la leyenda de la bella Zobeida, ni la del sultan de Kandahar, ni la historia de *La hermosa beduina*, ni ninguna otra de esas dulcísimas leyendas y cuentos de hadas que cantan los bardos orientales al són de la guzla á la puerta de los cafés de Bagdad ó en los bazares de Djeddha la rica.

Esta no es ninguna de esas leyendas



de color de rosa que cantan las beduinas junto al Pozo de la bendicion, llenando su cántaro, cuando el sol se duerme en brazos de la tarde; ó que refieren los pastores del desierto, reunidos en las Peñas Coloradas á la hora en que los camellos y las caravanas reposan bajo la blanca tienda y la luna se levanta en el horizonte.

Esta es la leyenda que recitan los buenos creyentes, vueltos sus ojos hacia la Kibla santa, y que me refirió Aly-Hassan, de la tribu de los Beni-el-Védar, una mañana que paseábamos juntos por las orillas del mar.

Al nacer el sol, Aly extendió el tapiz de la oracion, cayó de rodillas y recitó el *Fattah*.

Cuando hubo terminado su plegaria alzóse y me ofreció la pipa de la amistad. Nos sentamos y empezamos á fumarla juntos.

—¿No sabes tú, cristiano,—me dijo entónces,—el origen de esta hoja, cuyo perfume estamos aspirando y cuyo humo se eleva hasta Aláh con los olores de las rosas que marchita nuestra planta?

—No lo sé, musulman,—le respondí yo.

—¡Aláh sea bendito!—exclamó,—que sólo á los creyentes ha revelado los misterios de las cosas ocultas por boca del Profeta. De Dios somos, y á Dios hemos de volver. ¡El es grande!

Y poniendo nuevas hojas de tabaco en su pipa me refirió esta leyenda, sencilla, pero profundamente religiosa y severa.

## II

Viajaba una vez el profeta Mahoma por los desiertos del Yémen.

Era invierno, y como hacía frio, los

reptiles dormían el sueño de las noches largas.

El caballo que montaba el Profeta puso su calcañal sobre la guarida de una víbora, y apareció entónces ésta enteramente amortiguada por el frio.

Tuvo compasion Mahoma del pobre reptil; bajó del caballo, tomó la víbora y la puso dentro de la manga de su túnica para que volviese á la vida.

Y el calor la dió vida nuevamente.

Entónces empezó á moverse; luégo sacó la cabeza y dijo:

—Profeta, quiero morderte la mano.

—No seas ingrata,—le contestó él.

—Lo quiero.

—Cuando me des una razon y me pruebes que te he dado motivo, consentiré que me muerdas.

—Tu raza,—dijo la víbora,—está siempre en guerra con mi raza: la huela de los tuyos y el calcañal de vuestros camellos aplastan á los míos siempre, y yo necesito vengarme en tí.

—Pero no se trata ahora de tu raza y mi raza—la replicó con dulzura el Profeta:—ahora se trata sólo de tí y de mí. ¿Qué males te he causado yo? ¿Por ventura no acabo de hacerte un beneficio tornándote al vivir con el calor de mi pecho y de mi brazo?

—Quiero morderte, sin embargo, para que en adelante no hagas daño ni á mí, ni á mis hijos, ni á los de mi raza.

—Eso, pobre reptil, será una ingratitud: me devuelves mal por bien. ¡Ay de tí, que tan mal quieres pagar los beneficios!

—Lo quiero—gritó iracunda la víbora entónces; y juro por el Dios grande que he de morderte.

Al oir el nombre de Dios, el Profeta no se atrevió á replicar.

Inclinó la cabeza y dijo:



—¡Que su nombre sea bendito! Suyos somos y por Él tenemos la vida.»

Y alargó la mano á la víbora para que la mordiera.

Y la víbora mordió la mano sagrada del Profeta.

Entónces éste, poseído de un vivo dolor, arrojó la víbora léjos de sí, y en nombre de Dios grande la maldijo porque habia sido ingrata, y con ella á todos los hombres que paguen el bien con mal y no sean agradecidos á los beneficios que se les hicieren.

El Profeta aplicó en seguida con fuerza sus labios á la herida, chupó y extrajo el veneno de la víbora.

Y lo escupió despues sobre la arena del desierto.

Y al punto en el mismo sitio donde habia caído la saliva nació una planta, que creció de repente y echó hojas.

Los árabes que iban acompañando á Mahoma quisieron quemar algunas de aquellas hojas, como en holocausto al Dios único, elemento y misericordioso que habia salvado del veneno al Jefe de los creyentes; entónces percibieron el extraño y delicado aroma que las hojas de aquella planta exhalaban al quemarse.

Desde aquel dia todos los buenos musulmanes fuman las hojas de aquella hierba maravillosa y bendita, que el dedo de Aláh hace multiplicarse junto á las arenas y en los oasis, y aspiran

su perfume con respeto y placer, porque participa su sabor de la amargura del veneno de la víbora y de la dulzura de la saliva sagrada del Profeta.

### III

La hoja de tabaco es desde entónces la delicia de los hadjies que han hecho la peregrinacion á la Meca santa; de los ulemas, que enseñan la sabiduría en el atrio de la mezquita de El-Azahr, que es fuente de alegría y luz, y de los hijos de la blanca tienda, que son los reyes del desierto.

Y tambien desde aquel tiempo el creyente que recibe de otro musulman la sal de la hospitalidad bajo la sombra de su casa ó de su tienda, está obligado á amarle y á hacerse matar en defensa de él si es preciso; porque es su hermano y porque la maldicion del Profeta pesa sobre la cabeza de los ingratos, que no podrán ver la luna clara del paraíso en la noche de su muerte.

### IV

Esta es la leyenda de *La hoja de tabaco*, que se trasmite de tribu en tribu por los viejos creyentes, á través de las generaciones y los siglos, para enseñanza de los musulimes y gloria de Aláh, cuyo nombre sea bendito.

¡Él es grande!

JUAN CERVERA BACHILLER.





## LA DESCONOCIDA.

—¿Quién ha tocado tan de mañana  
En los cristales de mi ventana?

—Una pobre caminante;  
Una mujer desvalida  
Que va cruzando la vida  
De sus hermanos en pós.  
Enfermos y avergonzados,  
Y resueltos á sufrir,  
No se atreven á pedir  
¡Una limosna, por Dios!

—Pues si se amparan  
De tus gemidos,  
¿Por qué á tí unidos  
Todos no van?  
—Mia es su angustia;  
Suyo es mi llanto;  
Bajo mi manto  
Todos están.

—¿Tantos pesares tu manto encierra?  
—Sí; que es tan ancho como la tierra.

—¿Pues cómo, llevando en tí  
Tan peregrino portento,  
No muestras tu valimiento  
Y absorbes la creacion?  
—Sueño es el poder del oro;  
Y yo, que jamás dormí,  
A remediar vengo aquí  
Los sueños de la ambicion.

—¿No eres humana?  
—Vivo en el hombre.  
—¿Cuál es tu nombre?  
—No sé quién soy.  
—¿Dónde naciste?  
—Nunca he sabido  
Dónde he nacido  
Ni á dónde voy.

—¿Eres suspiro de alguna maga?  
—Soy un consuelo que errante vaga.

—Muéstrame tu rostro.

—No.

—Tendrás cara de hechicera.  
—Tan sólo á la cabecera  
Del pobre me descubrí.  
—¿Hiciste místico voto  
De no mostrar tu belleza?  
—No, mas sólo la pobreza  
Debe conocerme aquí.

—No así encubierta  
Me des enojos,  
Muestra tus ojos,  
Calma este afán.  
—Ved á los pobres  
En mi regazo;  
Dadme un pedazo  
De vuestro pan.  
—Pues dí, ¿quién eres?  
—Un sér que llora,

La humilde hermana del que me implora.

La que en guerras y epidemias  
Y plagas é inundaciones,  
De los buenos corazones  
Siempre camina á la par.  
La que detrás del espanto  
Que hace enmudecer las artes,  
Aparece en todas partes  
Las lágrimas á secar.

Sin ser humana  
Vivo en el hombre,  
Ni sé mi nombre,  
Ni sé quién soy:  
Y aunque te extrañe,  
Nunca he sabido  
Dónde he nacido  
Ni á dónde voy.

—¿El cielo os guíe! Mi pan tomad.  
—Yo soy tu hermana: La Caridad.

PEDRO MARQUINA.

## UN PRÍNCIPE ARTISTA.

El duque Maximiliano de Baviera  
ha sido considerado como el más hábil  
tañedor de cítara.

Cierto día tomó su instrumento fa-

vorito, salió al campo, sentóse en un  
sitio de los más pintorescos, y á la  
sombra de hermosísimos tilos ejecutó  
varias piezas de música.



Algunos campesinos, atraídos por los acordes de la cítara, rodearon al príncipe, y le dijeron:

—Ven á la hostería, y te pagaremos la cerveza.

—¿De veras?

—Sí, ven, no está léjos.

—Pues marchemos, —contestó el duque.

Llegó á la hostería, hicieron servir espumosa cerveza, y rogaron al *músico ambulante* que tocara alguna cosa.

El artista no se hizo rogar, y tocó durante un cuarto de hora para ganarse la cerveza.

Poco despues se despidió de los aldeanos, diciendo que le esperaban en Munich.

—¡Ea! ¡Ea! Otra piececita ántes de dejarnos. Tócanos el *Wals del duque Maximiliano*, y te dejamos.

En el momento llegó el hostelero y reconoció al príncipe; mas un gesto de éste le impuso silencio.

—Si tocas el wals—repitieron los labriegos—te daremos 20 sueldos: míralos, aquí los tienes sobre la mesa.

El duque tocó el wals, tomó los 20 sueldos, y se alejó.

—Camaradas—dijo luégo el hostelero á sus parroquianos,—¿sabeis quién es el músico?

—No, pero toca muy bien.

—Sabed que es el mismo duque Maximiliano, hecho y derecho.

Los aldeanos, llenos de espanto, corren en seguimiento del duque, le alcanzan y se arrodillan delante de él pidiendo perdon.

—¡Cómo que os perdone, hijos míos!... Ha sido tanto mi placer, que os ofrezco volver el domingo próximo. En cuanto á los 20 sueldos, no os los devolveré; es el primer dinero que he ganado en mi vida, y lo conservo por esto. Con que hasta el domingo.

El duque cumplió su palabra.

C. M.

## LOS VIAJES.

Un pescador, vecino de Bilbao,  
Cogió, yo no sé dónde, un bacalao.

—¿Qué vas á hacer conmigo?

El pez le preguntó con voz llorosa.

El respondió:—Te llevaré á mi esposa:

Ella, con pulcritud y ligereza,

Te cortará del cuerpo la cabeza;

Negociaré despues con un amigo,

Y si me da por tí maravedises,

Irás con él á recorrer países.

—¡Sin cabeza! ¡Ay de mí!—gritó el pescado.

Y replicó el discreto vascongado:

—¿Por esa pequeñez te desazonas?

Pues hoy viajan así muchas personas.

J. E. HARTZENBUSCH.

## ACTUALIDADES.

Los Jardines del Retiro cerraron sus puertas en la última semana á causa del temporal, quedando por lo tanto el público, durante algunos días, sin más es-

pectáculos que los dos circos, el Hipodromo y el de Price, y el teatro del Príncipe Alfonso. En el primero, ó sea en el Hipodromo, siguen proporcionando ratos de so-



lax los artistas que componen el cuadro de compañía, reforzados por el clown Bartolo, cuyos trabajos llaman justamente la atención del numeroso público que al expresado circo concurre. En Price, como siempre, elefantes, caballos, y dos clowns; últimamente ha hecho su presentación mister Paine, cuyos trabajos en el manejo de la pistola y carabina no son nuevos. El Príncipe Alfonso sigue con *El Tamorlan de Persia*, en el que se admira cada vez más el lujoso *atrezzo* y vestuario. Allanadas algunas dificultades que surgieron, y que amenazaron la suspensión de trabajos de la compañía que en dicho coliseo actúa, *El Tamorlan de Persia* seguirá por algún tiempo en los carteles.

\*  
\* \*

Lara ha comenzado con buen pié la temporada de 1882 á 83. La Valverde, la Abril, Zamacois, Riquelme y Ruiz de Arana inauguraron brillantemente el coliseo. *Las tres rosas*, *A tontas y á locas*, *El querer y el rascar* y *La ocasion la pintan calva*, obras elegidas para la primera noche, alcanzaron felicísima interpretacion. El público colmó de aplausos á actrices y á actores. El coliseo, reformado segun previene el nuevo reglamento de teatros, ofrece bastantes seguridades para el desgraciado caso de un siniestro.

\*  
\* \*

La compañía que dirige el Sr. Scalvini funciona con gran aplauso en el teatro de la Alhambra: la Rosselli, Bianchi, Poggi y demás artistas que componen dicha compañía, obtienen cada dia mayores pruebas de aprecio del público que asiste á dicho teatro.

\*  
\* \*

En breve abrirán sus puertas al público: el régio coliseo, con *Los Hugonotes*; en él actuarán la Sembrich, la Teodorini, Manini y Lestellier; el Español, en cuya compañía figuran la Contreras, Mercedes García, Calvo y Donato Jimenez; la Comedia, con la Tubau, la Zapatero, Mario, Aguirre y Tamayo; Apolo, con la Mendoza Tenorio, la Marin, la Casado, Vico, Valero y Parreño; Variedades, con Lujan, Vallés y Carceller, y la Espejo, Rodriguez y Perlá; y

la Zarzuela, con la Lola Franco, la Alme-rinda Soler, la Cortés, y Berges, Beltrami, Subirá y Tormo. Las excelentes compañías que en dichos coliseos actuarán en la temporada y las obras que se anuncian en ellos hacen esperar que la próxima campaña teatral será brillante, proporcionando al público deliciosos ratos para combatir la monotonía de las noches de invierno.

\*  
\* \*

Se ha puesto á la venta, en un elegante tomito de trescientas páginas, una nueva edicion, corregida y aumentada, del *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, original de D. Manuel Ossorio y Bernard. Su precio, dos pesetas ejemplar. Los pedidos, á la Administracion de LA NIÑEZ, Meson de Paredes, 17, principal.

\*  
\* \*

Un periódico valenciano refiere un curioso episodio del temporal. En el corral de una barraca dormía un niño de cinco á seis años, cuando la tormenta del juéves por la noche inundó de pronto aquel sitio, sin que el muchacho se apercibiera del peligro. A su lado estaba una vaca, á la que éste consagraba especial afecto, y el animal, que por lo visto se lo pagaba con digna correspondencia, cogió en aquel instante supremo al niño con los dientes y lo depositó en un pesebre con dulce delicadeza. Cuando el padre acudió sobresaltado en busca de su hijo, se lo encontró abrazado al cuello de la vaca, que le lamía la cara con cariño.

\*  
\* \*

Nada de tanta actualidad como los paraguas.

Hé aquí lo que significa algunas veces.

Llevar un paraguas de algodón en vez de un paraguas de seda, significa:

—¡Me lo han cambiado!

Llevar el paraguas horizontalmente bajo el brazo, indica que la persona que va detrás perderá un ojo.

Prestar un paraguas, es como decir á voz en grito:

—¡Estoy loco!

Llevarlo abierto precisamente á la altura de los ojos de los hombres y tirarles el sombrero, equivale á declarar que la per-



sona que lleva el paraguas es una mujer.

Colocar el paraguas mezclado con otros en una antesala, anuncia que esta prenda favorita de Luis Felipe y de Mr. Thiers cambiará pronto de propietario.

\*  
\* \*

Para matricularse en la enseñanza oficial es necesaria la presentacion de la cédula personal del interesado, siempre que éste exceda de catorce años. No hace falta cuando la matricula es gratuita.

\*  
\* \*

El 1.º de Octubre inaugurará el curso académico la Institucion libre de Enseñanza. El Rector de la misma, Sr. Utor, se halla encargado del discurso.

\*  
\* \*

Entre las obras que estrenará el teatro de Apolo figura el drama póstumo del venerable Hartzenbusch, *Doña Juana Coello*.

\*  
\* \*

En Sevilla actúa estos días la compañía infantil que dirigen los Sres. Perillan y Tirado, siendo objeto todas las noches de los aplausos más entusiastas. Entre las obras representadas figura la del señor Perillan, que se titula *Chozas y palacio*.

El teatro es un gran elemento para la educacion de los niños, siempre que en la eleccion de obras presida el acierto, tan necesario para encaminar las primeras impresiones de la vida.

\*  
\* \*

El conejo vive de seis á siete años; la ardilla, de siete á ocho; la zorra, de catorce á quince; el gato, de quince á diez y seis; el perro, de diez y seis á veinte; las reses vacunas, lanares y cabrias, de diez y ocho á veinte; el rinoceronte, de veinte á veintidos; las aves de corral, de veinte á veinticuatro; el cachalote, de veintiocho á treinta y dos; el caballo, asno y mulo, de treinta á treinta y cinco; el camello, de noventa y cinco á ciento; la tortuga, de ciento á ciento diez; el cisne, de ciento cincuenta á ciento sesenta; el elefante, de trescientos ochenta á cuatrocientos; la ballena (segun Cuvier) vive hasta mil años.

\*  
\* \*

Una comision creada por el gobierno francés para el planteamiento de reformas higiénicas en las escuelas, en lo que se refiere á la vista de los niños, ha redactado un luminoso informe, tratando del alumbrado, moviliario, escritura, libros escolares, cartas geográficas, etc. Los médicos inspectores de las escuelas deben anualmente dar cuenta de los resultados de la reforma.

\*  
\* \*

Se ha repartido el cuaderno 31 de la edicion ilustrada de los *Episodios Nacionales*, de D. Benito Perez Galdós, que publica la empresa editorial de *La Guirnalda*. Sigue en ellos la obra *Napoleon en Chamartin*.

